

1151.

LOS TURCOS OBLIGADOS Á LEVANTAR EL SITIO DE VIENA.  
(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Al soñoliento escorpion  
El nuevo sol se avecina,  
Sus tardos miembros tocando  
Ya por las australes vias,  
Y el rojo y enjuto grano  
El corvo arado escondía,  
Que á los desiguales surcos  
El labrador comunica;  
Y los gustosos frutales  
A Pomona se dedican,  
Y con ocultos principios  
Apuña la palma lisa;  
El morado lirio prende,  
Y la azucena se cria,  
Dando la preñada tierra  
Muestras del bien que abscondía,  
Y ofrece abundante fruto  
Y primavera cumplida,  
Cuando del hondo Danubio  
Euturbia las aguas limpias,  
La solicita canala,  
Casi en número infinita,  
Que del bravo Soliman  
Los estandartes seguía,  
Y de la casa Otomana  
Las respetadas insinias,  
Los helicosos Espacos  
Y janizaras cuadrillas,  
En tropel confuso y ciego  
Puestos en torpe huida,  
En vano intentan el paso  
Que las aguas impedian.  
Ma como el daño comun  
Señala comun ruina,  
Y á cada cual le está bien  
Del aprieto la salida,  
El turco mas preeminente  
La cerviz al peso inclina,  
Y de los vecinos montes  
Los viejos robres derriban  
Y los robustos peñascos  
De su fijo asiento quitan,  
Y echando en el agua montes  
Hallan pié do no le habia;  
Donde con gran brevedad  
Puentes y pasos fabrican.  
Pasan las copiosas haces  
Con embarazosa prisa,  
Donde de suerte mejor  
Se juzga el que mas camina,  
Y el que queda atras un pié,  
La llama tarda enemiga.  
Vuelven los rostros atras  
Con temerosa fatiga,  
A ver si de Carlos Quinto  
Llegaba la diestra invicta,  
Temida del orbe todo  
Y del turco mas temida,  
Y de la herética gente,  
Por su valor perseguida,  
Como pilar do estribaba  
La fe de la Iglesia pia.  
Pues como ya Soliman  
En salvo puesto se habia  
Con quinientos mil guerreros  
Que sus banderas seguían,  
Hizo derribar las puentes  
Por donde pasado habian,  
Porque tras él no pasase,  
Que en sus alcances venia  
El César, con presto curso,  
Ufano de ver tal dia.  
Mas como lo deseado  
Pocas veces se consiga,  
No pudo el augusto Carlos

Hacer lo que pretendia;  
Y no fué tan á su salvo  
De los turcos la huida,  
Que no costase la entrada  
De catorce mil arriba.

(LOBO LASO DE LA VEGA, Primera parte del Romancero y tragedias de, etc.)

1152.

AL MISMO ASUNTO.  
(Anónimo.)

En el templo estaba el Turco,  
El Turco en el templo estaba;  
Haciendo la zalá está,  
Y á Mahoma suplicaba  
Que le quiera dar victoria  
Contra Carlos, rey de España;  
Que si esta vez le venciera  
La Cristiandad es ganada.  
Acabada la zalá  
Luis de Griti, que llegaba,  
Hijo del dux de Venecia,  
Que viene con embajada,  
Hincado se ha de rodillas,  
Y el Turco le levantara:  
—Bien venido seais, Griti,  
Buena sea vuestra llegada:  
Pues venis á tan buen tiempo,  
Seréis mi paje de lanza.  
Yo os haré conde en Hungría,  
Y alcaide en Viena magna,  
Que si esta vez no la tomo,  
Yo me pelaré la barba;  
Que mil carros tengo á punto  
Cubiertos de seda y graua,  
Y mi gente es ya partida  
Porque llegue descansada.  
Los de Europa, y Meliones,  
Qu'en la Grecia es su morada  
Con cuarenta mil caballos  
Van, y gente bien armada,  
Bandera blanca de seda,  
Llevan, de lunas sembrada,  
Todas de color de sangre  
Por ser cosa señalada;  
Los de Bosnia y Salonique,  
Como gente endiablada,  
Un dragon la boca abierta  
Llevan en bandera parda.  
Del Asia menor se muestran  
Turcos, con lanza y adarga;  
Sus treinta mil de á caballo,  
Su bandera verde, alzada,  
Y un caballo rifador  
En medio d'ella llevaba,  
Blanco, guarnecido en perlas  
Y de oro, que no falta;  
Y los de Caramania  
Con su gente denodada,  
Van cinco mil de á caballo,  
Bandera negra, alindada,  
Con serpiente de oro y perlas  
Por el rededor sembrada.  
Tambien los de Capadocia  
Van como gente esforzada,  
Con cuatro mil de á caballo  
Y bandera colorada,  
Con un unicornio en medio  
Sobre todos dividada;  
Los armenios, gente liera,  
Con soberbia muy usada,  
Siete mil caballos van  
Su bandera desplegada  
De azul, estrellas y lunas  
Todo el campo matizada;  
Los de Mesopotania  
Sin temer cosa criada

## ROMANCES RELATIVOS Á LA HISTORIA DE ESPAÑA.

153

Signen, con diez mil caballos,  
Bandera rica, estimada,  
Amarilla, con un tigre,  
Al rededor plateada;  
Los de Damasco caminan  
Con su linda cabalgada  
Que pasan de veinte mil  
Y bandera leonada:  
Un fénix en medio d'ella  
Llevan, pintado de plata,  
Diez y seis millas de Egipto  
Son los de aquella jornada:  
Las banderas qu'estos llevan  
Muestran qu'es color morada,  
Con un elefante en medio  
Que de oro y plata ilustraban;  
De Alcáiz innumerables,  
Y de otra gente allegada  
Aventureros, sin sueldo,  
Pasan, como está sumada,  
De setenta mil caballos  
Por sus caudillos guiada.  
Los de á pié, gente de guerra,  
El número sé que pasa  
De ciento y setenta mil,  
Que para mi Estado es nada;  
Y treinta mil gastadores  
De quien mucho confiaba.  
Mi vasallo el rey Bayboda  
M'envia á decir que parta,  
Y mi amigo el rey frances  
Da la guerra por Italia,  
Y ese rey de Inglaterra  
Con dineros me ayudaba.—  
Allí hablara un moro viejo,  
Amigo de nuestra España:  
—Si me creyeres, señor,  
Dejarías la tal jornada,  
Que Carlos, emperador,  
Muy sangrienta trae la espada,  
Que parece que la veo  
Contra tí muy afilada.—  
El Turco d'enojo d'esto  
Diérame una bofetada;  
Mandóme echar en prisiones  
Porque dijo tal palabra,  
Y en un carro de marfil  
Se va para su posada.  
Las mesas hallaron puestas,  
En el suelo se asentaban,  
Porque así comen los turcos,  
Y esta es su propia usanza.  
Mandó llamar sus mujeres  
Que de cincuenta pasaban,  
Que quiere holgarse con ellas,  
Y verlas, ántes que parta.  
Cuando las tuvo delante  
D'esta manera les habla:  
Habláhales en amores  
Para mejor agradallas.  
—La que quisiere ir conmigo,  
Amigas, esta jornada,  
La que pasará en Hungría,  
Llevarla he bien regalada.—  
Todas dicen ser contentas  
De ir con él de buena gana:  
El Turco de placer d'esto  
; Oh qué de cosas les manda!  
A unas manda cristianos  
Y á otras cristianos daba;  
A otras manda arzobispos,  
Grandes señores de salva;  
A otras manda rescates  
De los señores de España;  
A otras manda castillos  
En Hungría y Alemania.  
Y esta noche el perro Turco  
Durmíó con su mujer Aja.  
Cuando la mañana vino

A grande prisa cabalga:  
Sale de Constantinopla  
Un dia despues de Pascua.  
Diez mil genizaros lleva,  
Que todos son en su guardia,  
Y cuatrocientos esclavos,  
A caballo los llevaba  
De damasco azul vestidos,  
Cada uno con su lanza  
Con hierros, cuantos dorados,  
Que su vista enamoraba.  
Cincuenta carros cubiertos  
De púrpura y escarlata,  
D'ellos cargados de ropa,  
D'ellos de oro y fina plata,  
Con cuatrocientos camellos;  
Cada cual lleva su carga,  
De tiendas y pabellones  
Para poner en campaña.  
Va de cuatro mil genizaros  
Su recámara guardada:  
Lleva doscientos caballos  
Del diestro, con que cabalga.  
Cien pajes, esclavos suyos,  
Van de librea estimada,  
Vestidos de oro, á caballo,  
Y con su lanza arbolada,  
Trenzados rubios cabellos  
Bajo cofia turquesada,  
Plumas blancas á la izquierda,  
Qu'el oro las inclinaba.  
Los doce d'estos traían  
Cada uno su celada  
Del Gran Turco en piedras finas  
Muy ricamente labrada,  
Con sus quinientos lacayos  
Dispuestos con fina maña,  
Vestidos á la turquesca  
De una color turquesada,  
Con sus flechas y sus arcos  
Y una fuerte cimitarra,  
Con escofias de oro y seda  
Cada cual con pluma blanca;  
Y el Turco en caballo bayo  
Muy pomposo caminaba  
Con la silla damasquina  
Y su jaez que admiraba.  
Las ropas de su persona  
Eran una aljuba larga  
De un extraño carmesí  
De oro y aljófar bordada;  
Una cimitarra lleva  
Que no puede ser preciada,  
Y turbante en su cabeza  
Que de piedras relumbra.  
Doscientos mil combatientes  
—Este Turco los llevaba;  
De camellos y caballos  
La vista del sol quitaba.  
Riberas del gran Danubio  
El Turco lleva su armada.  
Un capitan mameluco,  
El cual Mahomet se llama,  
Con catorce mil caballos  
Va corriendo la campaña,  
Matando las criaturas  
Y doncellas que forzaba.  
Derribaba las iglesias  
Y mil crueldades usaba,  
Hasta llegar á la villa,  
La cual Vinge se llamaba.  
Puesto le habian gran cerco  
Pensando poder tomarla:  
Dentro estaba Nicoliza,  
Que muy bien la defensaba;  
Como animoso guerrero  
A los suyos animaba:  
—; A ellos, cristianos, á ellos,  
Turcos son, no valen nada!—

Hicieron grandes minas;  
 Hinchéronselas de agua.  
 El Turco de enojo d'esto  
 De Mahoma renegaba,  
 Y ese gran duque de Sesa  
 Entre muchos se señala;  
 El duque del Infantado  
 Que todo el campo ilustraba,  
 Ese marques de los Velez  
 Y el marques de Camarasa,  
 Con ese conde de Osuna  
 Vizconde de Peralada;  
 El conde de Puño-en-Rostro  
 Con ese conde de Aranda,  
 El gran duque de Alburquerque  
 Con el conde de Morata,  
 Y el buen duque de Cardona  
 Qu'es tambien conde de Pradas,  
 De Castilla el almirante  
 Y el mariscal de Navarra,  
 Almirante de Aragon  
 Qu'es de casta valenciana,  
 Y el buen duque de Maqueda  
 Que marques d'Eleche se llama,  
 Y ese buen duque de Feria  
 Qu'es capitan de la guardia;  
 Con el marques de Villena  
 Tambien viene el conde de Alba,  
 Duque de Medinaceli,  
 De la cerca se nombraba,  
 Y el buen conde de Tendilla  
 Qu'es alcaide de Granada,  
 Y el qu'es de Medinasidonia  
 Que duque se intitulaba,  
 Y ese marques de Cenete  
 Que Mendoza se llamaba,  
 Y el buen duque de Gandia  
 Y el conde de Concentaina;  
 Ese conde de Oropesa  
 Con aquel marques de Adra,  
 Esotro marques de Estepa  
 Y el buen conde de la Jara,  
 Y el conde de la Colilla  
 Que marques es de Celada;  
 El mariscal de Noven  
 Con ese conde de Palma;  
 El marques de Salvatierra  
 Que mora en la gran Vizcaya;  
 Con el marques de Tarifa,  
 Tambien el conde de Cabra,  
 Con el marques de Comares  
 Qu'en Córdoba tiene casa;  
 Y ese conde de Alcaudete  
 Que gran esfuerzo mostraba,  
 Y ese conde de Ureña  
 Con el marques de Berlanga;  
 El marques de Astorga viene  
 Con el marques de las Navas,  
 El gran prior de San Juan  
 Con el prior de Navarra;  
 El comendador mayor  
 De Santiago de la espada  
 Y esotro comendador  
 Del orden de Calatrava,  
 Con muchos comendadores  
 De cruz verde y colorada;  
 El gran maestro de Ródas,  
 Todos los de su comarca,  
 El buen conde de Paredes  
 Con ese conde de Albaida,  
 Y ese vizconde de Chelva  
 Con el conde de Almenara;  
 Tambien el conde de Oliva,  
 Que de las centellas baja;  
 Marques de Cortes; y el duque  
 De Arcos que campeaba,  
 Condestable de Lerin  
 El que en Navarra habitaba,  
 Ese conde de Chinchon

Con el de Ilijar marchaban;  
 El buen conde de Olivares  
 Y el de Trujillo pasaban;  
 El duque de Villa-Hermosa  
 Conde de Pina llegaba,  
 Tambien el marques de Poza  
 De esta muy señalada;  
 Ese buen conde de Palamos  
 Vizconde de Evol, no falta;  
 El de Luna y el de Lerma,  
 El de Bailen, y el de Zafra,  
 El de Priego, el de Cifuentes  
 Con seis condes de alta fama,  
 Que vienen tambien, y el conde  
 De Santistevan no falta;  
 Ese marques de Mondéjar  
 Que muy grande esfuerzo daba,  
 Y el conde de Fuensalida  
 Postrero no se quedaba;  
 Con el buen marques del Carpio,  
 Duque de Nájera, marcha  
 Ese buen duque de Arjona  
 Soldado de grande fama;  
 Tambien el conde de Aitona,  
 De la casa de Moncada,  
 Y ese buen conde de Quirra  
 Qu'es de casta catalana;  
 El conde de Rivagorza,  
 De linea zaragozana;  
 Este buen duque de Béjar  
 Con ese marques de Sarvia;  
 El conde de Medellin  
 Con el marques de Alamará;  
 Ese conde de Buendia,  
 Y el marques de Santillana;  
 Ese buen conde de Niebla  
 Que mucho les animaba;  
 El duque de Francavilla  
 Que principe se nombraba;  
 Y el buen duque de Segorbe  
 Belicoso se mostraba.  
 De señores italianos  
 Viene grande cabalgada:  
 El marques de Monferrato,  
 El conde de . . . . .  
 El duque de Mondragon  
 Con ese duque de Mantua;  
 Ese buen duque de Urbino  
 Con el duque de Ferrara;  
 Ese duque de Florencia,  
 Que es señor de la Toscana,  
 Y ese duque de Saboya  
 Que mucha gente llevaba;  
 Y el duque de Brandemburg  
 Que mucho sobrepujaba,  
 Y ese marques de Lochino  
 Con el marques de Pescara,  
 Y aqueste marques del Busto  
 Capitan de toda Italia;  
 El principe de Salerno  
 Poderoso se mostraba,  
 Y ese principe de Asculi  
 Con el principe de Parma;  
 Y el gran rey de los romanos  
 Va guiando la vanguardia  
 Con albanos y garsolios  
 Y los de la Transilvania,  
 Con bohemios y albaneses  
 Y los de la casa de Austria.  
 Carlos Quinto, emperador,  
 Viene con la retaguardia  
 Con muchos condes de Flándes,  
 Principes de alta Alemania,  
 E infinitos caballeros  
 Que yo no los recitaba.  
 Capitan de los caballos  
 Don Hernando de Gonzaga,  
 Y el buen Antonio de Leiva,  
 Que toda la gente manda.

Ellos estando en aquesto,  
 Un capitan que llegaba  
 Con la marlota rompida  
 Y la cara ensangrentada,  
 El Turco desde lo vido  
 Al Capitan preguntaba:  
 —¿Qu'es esto, mi Capitan?  
 ¿Qué nuevas os son llegadas?  
 —Por mi podeis ver, señor,  
 Lo que por allá pasaba:  
 Veinte y dos heridas traigo,  
 La menor me llega al alma;  
 Diáramelas Pachispablo,  
 Baltasar de Transilvania;  
 Y ese Luis de la Cueva  
 Me salió en una emboscada.  
 De catorce mil que fuimos  
 Tan solo yo m'escapaba:  
 Si no por mi buen cabal'o  
 Tambien allí yo quedaba.  
 Los cristianos vienen cerca,  
 Ya dan en tu retaguarda:  
 Si no te retiras, Turco,  
 Parte han por la vanguardia.—  
 El Turco con estas nuevas  
 Muy pensativo quedaba:  
 No sabe si se retire  
 O si espere la batalla.  
 Unos le dicen que buya,  
 Otros ánimo le daban,  
 Y el consejo de Corpiro  
 Por muy bueno le aprobara.  
 Este es un buen caballero,  
 Qu'es general de su armada:  
 Este que huyan resuelve  
 Luego, sin pensar en nada.  
 El Turco desdequ'esto oyera  
 A grande priesa cabalga,  
 Y mandó hacer una puente  
 Que muy presto fué acabada,  
 Para pasar el Danubio,  
 Y por ella todos pasan.  
 Desde son de la otra parte  
 Luego mandó derribarla,  
 Porque no pasen por ella  
 Y les ganen la jornada.  
 Así el Turco se fué huyendo  
 De miedo del rey de España,  
 Dejando ricos tesoros  
 Para la gente cristiana.

(TIMONEDA, Rosa real.—II. Floresta de varios romances.)

Este romance hace una reseña de los ejércitos turco y cristiano que pelearon sobre el sitio de Viena, y es curioso porque menciona los distinguidos españoles que asistieron a esta empresa, todos a su propia costa y voluntarios.

## 1153.

PRESA DE TÚNEZ POR CÁRLOS V.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

Estándome en una fiesta  
 En los baños de Cartago,  
 Caballeros muy heridos  
 Me han venido apresurados.  
 —¿Qué haceis aquí, buen señor?  
 No es tiempo de andar holgando:  
 Barbaroja, rey de Argel,  
 Os tiene á Túnez ganado.—  
 Oyendo yo la tal nueva,  
 Apriesa pedí un caballo:  
 Allí habló un moro viejo,  
 Qu'en Argel se habia criado.  
 —Nos movais así, señor,  
 Que seréis desbaratado;  
 Qu'es poderoso en la tierra,  
 Y en la mar es gran corsario.

Mas lo que habeis de hacer,  
 Si quereis muy bien veagallo,  
 Enviad embajadores  
 A ese emperador Carlos,  
 Porque la gente española  
 Es belicosa en el campo,  
 Y el mesmo Rey animoso  
 Hará guerra voluntario.—  
 Bien me pareció el consejo,  
 Hicelo sin dilatarlo.  
 Un dia por la mañana,  
 Andando yo campeando,  
 Vi venir el mar cubierto  
 De la armada de cristianos,  
 Y aunque muchos les resisten,  
 Por fuerza han desembarcado.  
 Salen muchos caballeros  
 En muy lucidos caballos:  
 Salió gente muy hermosa  
 Y harto de buenos soldados.  
 Un lunes por la mañana  
 Dan á la Goleta saco;  
 Murieron cinco mil turcos  
 Por armas y en el estanco,  
 Siete dias mas adelante  
 A Túnez ha caminado.  
 Barbaroja con su gente  
 La batalla ha presentado;  
 Mas viendo tan buen ejército,  
 Apriesa se ha retirado.  
 Aunque la sed era mucha,  
 Hasta Túnez ha llegado;  
 En las torres del alcázar  
 Banderas han desplegado.  
 Eran quince mil cautivos  
 Que á ventura se han librado.  
 Entran dentro sin batalla,  
 Que se les dieron á saco.  
 Carlos me volvió mi reino,  
 Quedando yo su vasallo.

(Silva de varios romances.—II. SEPÚLVEDA, romances nuevamente sacados, etc. 2.—II. Floresta de varios romances.)

<sup>1</sup> Al mismo asunto hay uno que empieza, Año de mil y quinientos—Y treinta y cinco corria, que está en la Rosa real de Timoneda.  
<sup>2</sup> En este libro empieza así el romance: Yo me estaba en una fiesta.

## 1154.

TOJA DE LA CIUDAD DE ÁFRICA POR CÁRLOS V.

(De Lorenzo de Sepúlveda<sup>1</sup>.)

Nuevas han venido al César  
 Carlos, rey de España, un dia,  
 Que un cosario valeroso,  
 Dorgut Arraez se decia,  
 Captivo de Andrea Doria  
 Tres años estado habia,  
 Juntando muchos cesarios,  
 Treinta y seis velas traía,  
 Y hacia muchos daños  
 En las costas que quería.  
 Dañaba á los genoveses,  
 Dañaba á la Berberia,  
 Y aun á las costas de España  
 A veces acometia.  
 Tomaba muchos navíos  
 Que de Sicilia salian:  
 Corria todos los mares,  
 Navegar no se podia;  
 No habia nacion ni gente  
 A quien cate cortesia,  
 Sino solo á los franceses,  
 Que por amigos tenia,  
 Y á la marquesa del Gasto,  
 A quien él mucho debia  
 Por bienes que le liciera

Cuando estaba en prisionía.  
Pensó luego el grande César  
Cómo lo remediaria.  
Mandó partir sus galeras;  
En su busca las envía;  
Fuéron luego bien cuarenta  
En la órden que convenia  
Andrea Doria las lleva,  
Como general las guía:  
Van en busca del cosario  
Sin parar noche ni día.  
El perro, como es astuto,  
No paraba ni dormía:  
Siempre estaba sobre el hierro,  
A las costas no venía,  
Y por guarda de sus velas  
Tres galeotas tenia  
Para ser bien avisado;  
Así en salvo se ponía.  
Ocho meses le buscaron,  
Nunca el perro parecia;  
Al fin se acogió á los Gelves,  
Donde él mas se recogía:  
Las galeras con mal tiempo  
A los puertos se volvian,  
Muy pesante el Capitán  
Y la gente que traía  
De no le haber topado  
Ni hallado en su manida.  
Invernando las galeras  
Del César, como solian,  
No se descuida el Dorgut,  
Una gran traición urdía:  
En Africa, esa ciudad  
Nombrada en la Berberia,  
Que un tiempo del rey de Túnez  
Fué, y su alcaide allí ponía;  
Mas al fin se rebelara,  
Y por sí vivir queria,  
Que no reconoce á rey,  
Ni le obedece ni estima,  
Fiando en su fortaleza  
Y en el sitio que tenia.  
Cinco mil pasos de largo  
Es su cerco y su medida:  
Toda ella está fundada  
Sobre una peña viva:  
Toda cuasi la rodea  
La mar, y la combatía:  
Doscientos y treinta pasos  
En tierra firme tenia,  
Y en estos la barbacoa  
Y una gran muralla antigua,  
Con muchas torres muy fuertes  
Que no tenten batería.  
Esta tierra por engaño  
El Dorgut tomado había  
Y apoderádose en ella,  
Allí su fuerza ponía.  
Recogió dentro sus turcos,  
Y la armada que traía;  
Desde allí iba conquistando  
Las tierras que cerca había:  
Desde allí pensó el cosario  
Destruir á la Sicilia,  
Y aun en la Pulla y Calabria  
Mucho daño hacer podria,  
Y correr á toda Italia  
Y sus costas y marina;  
Hecho el daño, recogerse,  
Que muy cerca le venia.  
Sitiara á la Goleta,  
Que llegaba allí en un día:  
Tuviera cercada á Malta,  
D'ella salir no podian:  
No cultivaran las costas  
De Nápoles ni Sicilia:  
La Córcega y la Cerdeña  
Tambien peligro corrian,

Y el Carban, su vecino,  
Seguridad no tenia;  
Los Gelves se habian de dar  
Por suyos, si ellos querian:  
Desde allí á la cristiandad  
Muy cruda guerra haria.  
Pero como es inquieto,  
Y reposar no podia,  
Su codicia le engañó  
Y su muy loca osadía:  
No miró cuán poco ántes  
En cadena estado había,  
Y que ya se via rey  
Y señor en Berberia.  
No contento con aquesto,  
Sale fuera en correría,  
Deja en Africa un sobrino  
Y un alcaide, de quien fia;  
Con ellos trecientos turcos  
Y otra mucha moreria.  
Mándales fortificar  
Lo que á tierra firme mira.  
Ellos no se descuidaron,  
Con gran cuidado lo hacian:  
Manda hacer un caballero  
Encima de una montiña  
Que está dentro en la ciudad  
Y á los mares combatía:  
Manda limpiar un mandracho  
Que dentro en el pueblo había  
Entrando en el terrenal,  
Muy hondo y de gran cabida.  
Dejándoles esta ordeu,  
El en corso se salía  
Con sus velas y otras muchas  
De corsarios que seguian.  
Fuése á las costas d'España,  
Y allí mil daños hacia;  
Saqueó un lugar pequeño,  
Que Cullera se decia;  
De allí se fué para Argel,  
Y en tierra no descendia,  
Porque no fia de nadie,  
Ni dél ninguno se fia.  
Mientras que él en esto andaba,  
El gran César proveía  
Que parte de sus galeras  
Con alguna infantería  
De la española que estaba  
En Nápoles y en Sicilia,  
Fuesen á Africa de presto,  
A ver si la tomarian.  
El príncipe Andrea Doria  
De Génova se partía  
Con veinte galeras suyas,  
Que al sueldo del Rey traía.  
Mil y tantos españoles  
En ellas llevar hacia.  
Fuése á Nápoles, do estaba  
Ese ilustre Don García:  
De Toledo es su linaje,  
Claro por su nombradía,  
Y tambien Antonio Doria,  
Capitán de gran estima.  
Allí se juntaron todos  
Para ver lo que harian.  
Fuéronse á juntar con ellos  
Otras galeras que había:  
Cuatro fuéron las que el Papa  
Para esta empresa envía;  
Y ese duque de Florencia  
Con otras tres socorria;  
Tambien se juntan con ellas  
Otras diez que hay en Sicilia,  
Y el maestro de Sant Juan  
Otras cuatro les envía.  
Como todas fuéron juntas,  
Navegan á Berberia;  
Combaten á Monesterio,

Tierra no muy bien guarnida,  
La cual fué luego tomada,  
Y la gente se huía:  
El castillo se defiende,  
Porque en él turcos había.  
Fuéron luego á combatirle,  
Por capitán Don García:  
Los de dentro eran valientes,  
Pelean sin cobardía:  
Al fin nuestros españoles,  
Como siempre hacer solian,  
Dieron dentro con esfuerzo,  
Gáñanle por valentía.  
D'ellos quedaron heridos:  
Mas no toman hombre á vida.  
De allí se fué nuestra armada  
A la Goleta otro día  
Para tratar de la empresa  
De Africa si se haria.  
Parescióle á Andrea Doria  
De volver de allí á Sicilia:  
A Trápana fué á aportar;  
Por provisiones envía,  
Tambien envía á llamar  
Ese virey de Sicilia  
Juan de Vega, el muy prudente  
Que á la hora allí venia.  
En este medio llegaron  
A Africa un mismo día  
Tres navios bien cargados,  
Que vienen de Alejandria  
Con arroz, linos y telas,  
Y otras muchas mercancias,  
Que eran de muy gran riqueza,  
Y en guarda d'ellas venian  
Trecientos y tantos moros  
Dispuestos á maravilla,  
De Trápana, esa ciudad  
Que la mar la combatía.  
Nuestra armada toda junta  
A la vela se hacia,  
Y cuando les calma el viento  
De los remos se servia.  
Llegan á la Fabiana,  
Allí su junta tenian;  
Trataron en el consejo  
Si la empresa se haria.  
Hubo varios pareceres,  
Mas al fin se determina  
Que la conquista se haga,  
Caso de gran osadía!  
Porque no sabian de cierto  
La fuerza que dentro había,  
Ni estaba reconocido  
El sér que Africa tenia,  
Mirando que llevaban  
Tan poca infantería.  
No llegaban á tres mil  
Los españoles que había;  
Y no había italianos  
Que fuesen en compañía,  
Sino algunos caballeros  
Que iban por su lozanía,  
Y algunos aventureros;  
No pasan de ciento arriba.  
Movidos pues del gran celo,  
De la fe que á Dios debian,  
Y al servicio de su rey  
Y al bien de la cristiandad,  
Parten de la Fabiana,  
El viento los lleva y guía;  
Aportaron á la costa  
De esa ardiente Berberia:  
Los dos eran ya de julio  
Cuando en tierra descendian.  
Ese Luis Perez de Vargas  
Un consejo dado había,  
Que en saltando se hiciese  
Un fuerte, do se ponian

Bastimentos, municiones  
Y la gruesa artillería,  
Y en guarda d'ello quedaba  
Soler y su compañía.  
De allí pasó nuestra gente  
Adelante á la marina,  
Allegándose á la tierra  
Donde un gran recuesto había  
Léjos cuatrocientos pasos  
Que la tierra descubria:  
Ponen luego allí cestones;  
El cerco se fortifica.  
Como estuvo ya en defensa  
Van por el artillería,  
Plantanla y comienzan luego  
Las trincheras á porfia,  
Para acercarse á la tierra  
Y darle la batería.  
Fortifican todo el campo  
Por toda aquella marina;  
La trincheras que hicieron  
De mar á mar se tendia:  
En la punta un caballero  
Que al mar y á la tierra tira,  
Y otro en medio de la arena,  
Que defiende la campaña.  
Así se fortalecieron  
Por no haber caballería  
Que les asegure el campo  
Ni les haga correrías.  
Las galeras se pusieron  
Hacia el mar de mediodía,  
Desde allí podian tirar  
A la tierra, y defendian  
Que no viniese socorro,  
Como siempre se temia.  
Tambien pusieron algunas  
En el otro mar, que vian  
Si había algun bajel  
Que por la costa venia:  
De esta suerte fué cercada  
Por tierra y por mar la villa,  
Sin poder salir ninguno  
Si á nado no se salía.  
En la campaña de suyo  
Poca provision había  
Por estar todo gastado,  
Y aun con esto todavía  
Siempre estuvo proveído  
El campo de cuanto había.  
De Nápoles el virey  
A su hijo proveía,  
De Sicilia el presidente  
A su padre socorria,  
Y ese rey del Caraban,  
Cidiarse se decia,  
Enemigo de Dorgut,  
Provision tambien envía.  
Los nuestros reconocieron  
La tierra, mas cada día  
Hallaron que era mas fuerte  
Que primero se entendia.  
Todavía comenzaron  
A darle la batería  
Por donde era inexpugnable,  
Mas ellos no lo sabian:  
Batiéronla algunos dias;  
Pero no les succedia:  
Quisieron darle el asalto,  
Vieron que nada valia,  
Aunque fuéron á probarlo  
Y tentarlo en este día;  
Fuéron algunos heridos,  
Y otros perdieron la vida:  
Mataron cincuenta turcos  
De los que la defendian.  
Viendo aquesto Juan de Vega  
Y el cuidadoso Don García,  
Tratan con Andrea Doria,

Que en la mar quedado habia  
 Que vayan ciertas galeras  
 A Nápoles y á Sicilia,  
 Que traigan muchas pelotas  
 Y pólvora en gran cuantía.  
 A Génova y á Florencia  
 Otras por lo mismo envían,  
 Queriendo tentar de nuevo  
 De le dar mas batería.  
 Vinieron las municiones,  
 Muchas mas que se pedían;  
 Pero bien mirado todo,  
 Al general parecía  
 Que era poca aquella gente  
 Para una tan gran conquista,  
 Porque estaban dentro tantos  
 Como allí en su campo habia,  
 Y que demas de los turcos,  
 Los moros de Alejandria,  
 Que eran muy determinados,  
 Mostrarian valentía,  
 Por sus vidas peleando  
 Y por su mercadería,  
 Y que estaba la compañía  
 Mal segura y sin valía,  
 Temiendo que si se daba  
 El asalto el mismo día,  
 La morisma no cargase  
 Con su gran caballería,  
 Y en el tiempo que pelea  
 La gente contra la villa,  
 Los moros venían al campo  
 Y gran destrozo harían.  
 Por esto fueron de acuerdo  
 Que se traiga infantería  
 De la española, que estaba  
 En Piamonte y Lombardia:  
 Fueron galeras por ella,  
 Que el príncipe Doria envía.  
 En este medio, Dorgut,  
 Que en los Gelvés se tenía,  
 Sabiendo cómo apretaban  
 Los nuestros aquella villa,  
 Y que ya se le acercaba  
 Mucho mas la batería,  
 Como valiente y osado,  
 Un aviso les envía  
 Que estén fuertes y constantes,  
 Porque él los socorrería,  
 Y enviéles cierta señal  
 Para el día en que sería,  
 Para que en el mismo tiempo  
 Ellos salgan de la villa  
 Y den en nuestra trinchera,  
 Que estaría desguarnida.  
 Los nuestros iban continuo  
 A forraje algunas millas  
 A traer lo que hallaban  
 Y ramos para fagina.  
 Yendo un día, acometiélos  
 Una poca infantería;  
 Los nuestros van sobre aviso,  
 Ningun daño recibían.  
 Recogióronse de presto  
 Do estaba una compañía  
 De nuestros arcabuceros,  
 Que por guarda d'ellos iba.  
 Hubo un poco escaramuza,  
 Cada uno se volvía,  
 Los nuestros con su forraje,  
 Los moros desaparecían.  
 Parecióle á Juan de Vega  
 Nueva cosa, que aquel día  
 Se hubiesen visto mas moros  
 Que otras veces se veían,  
 Y así en el día siguiente  
 Mas gentes apercebía.  
 Día era de Santiago,  
 De España patron y guía.

Manda ir á hacer forraje,  
 Dos compañías envía,  
 Seiscientos arcabuceros  
 Para ello escogía;  
 Y porque fuesen con orden,  
 A Luis Perez envía,  
 Y no contento con esto,  
 Temiendo lo que sería,  
 Dejando en guarda del campo  
 Al cuidadoso Don García,  
 El mismo se va en persona  
 Con aquellas compañías.  
 Llegaron á un olivar,  
 Dos millas andado habían;  
 Desde allí salen á un raso,  
 Donde hallan que tenían  
 Puesta ya los enemigos  
 Celada de infantería.  
 Comienza la escaramuza  
 De nuestra arcabuceria;  
 Tiran los moros y turcos  
 Flechas y escopetería,  
 Los cuales eran muy muchos,  
 Que tres mil y mas habia;  
 Los nuestros, que eran seiscientos,  
 Poco á poco se retirán.  
 Mueren muchos de los suyos,  
 Que gran miedo les ponía:  
 De los nuestros muere uno;  
 Mas que ellos todos valía:  
 Muere el maestro de campo  
 Luis Perez, que le herían  
 Dos turcos á un mismo tiempo.  
 Desde su escopetería,  
 Yendo el mas cercano d'ellos,  
 Que la gente recogía;  
 Cayó luego del caballo,  
 Y los nuestros le traían  
 Tristes y desconsolados,  
 Por lo bien que le querían,  
 Que era el mas viejo soldado  
 Que entre españoles habia,  
 Muy bien quisto de la gente,  
 Prudente y sin cobardia.  
 Juan de Vega poco á poco  
 La gente ya retraía,  
 Haciendo muy grande daño  
 En aquella morería.  
 Viéndose de nuestro campo  
 Lo que pasa en la campina,  
 Hizo luego dar al arma  
 El discreto Don García,  
 Y que estén á las trincheras  
 Por lo que sucedería.  
 Envía tambien socorro  
 El visorey de Sicilia:  
 Doscientos arcabuceros,  
 Que fueron darle la vida,  
 Porque estaba ya cansada  
 La otra arcabuceria,  
 Y faltaba munición,  
 Que tirar ya nó tenía.  
 Ellos en aquesto estando,  
 De la villa ya salían  
 Los turcos á pelear  
 Y á tentar lo que podían  
 Por ganar nuestras trincheras  
 Y hacer llana la via  
 Por do viniese el socorro  
 Que tanto esperado habían;  
 Pero no les sucedió;  
 Resistiólos Don García,  
 Y aquella española gente  
 Que la trinchera tenía,  
 De tal suerte, que forzaron  
 A tornar dentro en la villa  
 A los turcos con tal priesa,  
 Que en la puerta no cabían;  
 Y temiendo que los nuestros

A las vueltas se entrarian,  
 Cierran de presto las puertas,  
 D'este miedo que tenían:  
 Dejaron de fuera algunos  
 Que de allí se defendían  
 Debajo de la muralla,  
 Do nuestra arcabuceria  
 Enclavaba tantos d'ellos,  
 Que hombre no quedara á vida,  
 Si no fuera que se echara  
 En la mar do bajo habia;  
 Y á raíz de la muralla,  
 Donde no se descubrían,  
 Se salvaron y pudieron  
 Recogerlos en la villa.  
 Juan de Vega, en allegando  
 El socorro, acometía  
 De arte á los enemigos,  
 Que en huida los ponía.  
 D'esta suerte victorioso  
 A su campo se volvía,  
 Y con gran prudencia y seso  
 A otra cosa no atendía,  
 Sino á pensar la manera  
 Como fin hallar podría  
 Para salir con la empresa  
 En que al César tanto le iba.  
 El cosario y los sus turcos,  
 Y la otra morería  
 Que trujo para el socorro,  
 Se vuelve la misma via,  
 Muy pesante y descontento,  
 Como no le sucedía  
 Su desvío y pensamiento;  
 Sin remedio ya lo via.  
 Volvióse á los Aliaques,  
 Do desembarcado habia,  
 Y dicen que en el camino  
 La su misma morería  
 Despojó todos sus turcos  
 Y se los dejó en camisa.  
 Aquel rey de Garvan,  
 De que arriba se decia,  
 Dió aviso de todo aquesto;  
 Por su hijo lo escribía,  
 Y ofrecese por amigo  
 Del César, y en su valía,  
 Y envió gran provision  
 Desde el punto de aquel día  
 De vacas y de carneros,  
 Y de lo que mas podía.  
 En aqueste medio tiempo  
 Ningun tiempo se perdía,  
 Siempre habia escaramuzas  
 Con los que afuera salían:  
 Hubo cosas señaladas,  
 Largo de contar sería,  
 En las cuales se mostraron  
 Con muy terrible osadia  
 Ciento y veinte caballeros,  
 Todos de una compañía,  
 De la orden de Sant Juan  
 Lucida caballería,  
 De muy diversas naciones  
 Conformes en valentía,  
 Que ganaron tanta honra,  
 Que contar no se podría.  
 Los soldados españoles  
 Trabajaban á porfia:  
 Unos van á pelear,  
 Otros cavan la marina,  
 Otros van á traer leña,  
 Otros á traer fagina.  
 Sirvieron de gastadores  
 De cuanto hacer se habia,  
 Siempre con un mismo gesto  
 Y con muy gran alegría.  
 No estando el campo seguro,  
 Y la tierra su enemiga,

Viendo que sus propias manos  
 Eran las que les valían,  
 Y que todo el buen suceso  
 D'ellas solas dependía,  
 De tal suerte trabajaron,  
 Sin parar noche ni día,  
 Que tan cerca de los muros  
 La trinchera ya se via,  
 Que tentaron de picarlos  
 Con mantas que los cubrían.  
 Tambien tentaron de hacer  
 Minas, mas no sucedía;  
 No dejaron de probar  
 Cuanto probar se podía  
 Para conquistar la tierra,  
 Y todo en vano salía:  
 Los que la defienden dentro  
 Bien creeréis que no dormían.  
 Por entre la barbacana  
 Y el muro cavado habían  
 Por matar de uno en uno  
 A cualquiera que entraria;  
 Y detras del alto muro  
 Un gran foso hecho habían,  
 Hondo de cuarenta palmos,  
 Del ancho que requeria;  
 Y sembrado en él abrojos  
 Y otras puntas de esta guisa;  
 Y á la parte de la tierra  
 Un gran reparo tenían  
 Al borde del mismo foso,  
 Que aposta hecho le habían  
 Para desde allí tirar  
 A cualquier que asomaria,  
 Y si cayese en la cava  
 Desde allí le matarían;  
 De fuegos artificiales  
 Grande provision tenían.  
 Nunca vienen á partido  
 Ni mencion d'ello hacían;  
 Quiso Dios que en la ciudad  
 Hubo un moro que salía  
 A dar aviso á los nuestros  
 De lo que allá dentro habia.  
 Este dijo los reparos  
 Y fosos que se hacían,  
 Y como era imposible  
 Ganarse por batería  
 Por la parte que primero  
 Encomenzádose habia.  
 De allí poco el pobre moro,  
 De enemigos que tenia  
 Fué muerto allá en la ciudad,  
 Su muerte gran falta hacia.  
 No hallaban los cristianos  
 Por qué modo se sabria  
 Lo que se hacia dentro,  
 Y si alguna falta habia  
 De agua, como pensaban,  
 O de cómo se sentía  
 El ánimo en los cercados,  
 O si á partido vernían.  
 Viendo pasar el tiempo  
 Y que el invierno venía,  
 Dan orden en la batir:  
 Plantan el artillería  
 Muy mas cerca que primero;  
 Con cestones la cubrían.  
 El primero de setiembre  
 Comienza la batería  
 Hácia la mano derecha  
 A un canton que se hacia.  
 Habia un gran turrion  
 De argamasa muy antigua,  
 Parte dél en el arena,  
 Parte en la agua y la marina:  
 A este tiran fuertemente,  
 Este baten á porfia.  
 Tambien baten por el lado

Un traves que junto habia,  
 Temiendo que en el asalto  
 Gran estorbo les haria :  
 La cortina tambien baten  
 Que al lado izquierdo caia ;  
 Pero aqeste batir fuerte  
 Poco provecho hacia ,  
 Si no dieran juntamente  
 Otra gruesa bateria  
 Por la mar, de dos galeras  
 Que juntas atado habian.  
 Esto fué por invencion  
 E industria de Don Garcia,  
 Que encima d'ellas dos juntas  
 Puso gruesa artilleria,  
 Diez cañones reforzados,  
 Que al soltar, la mar tremia ;  
 Pero estos no tiraron  
 Hasta el tiempo que se via  
 Que la bateria de tierra  
 Algun efecto hacia.  
 Cayó medio turron,  
 De manera que podia,  
 Aunque con muy gran trabajo,  
 Subir el infanteria.  
 Ver caer tan grande parte  
 Causó muy gran alegría  
 En los ánimos de aquellos  
 Que por él subir tenian,  
 Que era tan viejo y tan fuerte,  
 Que en sola su bateria  
 Cinco mil pelotas gruesas  
 Se gastaron en seis dias.  
 Estando la cosa en esto,  
 Las galeras parecian  
 Que traen mil españoles  
 Pláticos de Lombardia,  
 De los fuertes veteranos  
 Que alli en las plazas habia.  
 Don Alonso de la Cueva  
 Junto con ellos venia,  
 Yendo nombrado en el cargo  
 Que á Luis Perez sucedia :  
 General de la Goleta  
 El Rey nombrádole habia.  
 Llegaron estas galeras,  
 Muy grande salva hacian ;  
 Y saltaron luego en tierra  
 Con general alegría.  
 Los que estaban en el cerco,  
 Por ver gente tan lucida  
 Que venia en su socorro  
 Al tiempo que convenia,  
 Los que vienen, de hallarse  
 Tan cerca en lo que solian,  
 Salúdanse unos á otros  
 Con palabras comedidas.  
 A las manos, compañeros,  
 Unos á otros decian,  
 Que muy cedo habrá de verse  
 Quién mas las menearia.  
 Viendo ya que era llegada  
 La gente que se pedia,  
 Juan de Vega, valeroso,  
 Comunica á Don Garcia  
 Si le parecia tiempo  
 De dar l'asalto aquel día.  
 Habiéndolo bien pensado  
 Los dos juntos, resolvian  
 Que se diese la batalla  
 Dia de Santa María,  
 Por ser día señalado,  
 Para que ella fuese guia.  
 Y estando ya en este acuerdo,  
 Hallaron que aun no habia  
 El batir hecho el efecto  
 Que al negocio convenia,  
 Y así mandó Juan de Vega  
 Proseguir la bateria.

Baten por mar y por tierra  
 Sin parar hora del día ;  
 Hasta los diez de setiembre  
 Jugaba el artilleria.  
 Miércoles á la mañana  
 Cesó ya la bateria ;  
 De la noche ya quedaba  
 Ordenado por la via  
 Que se daria el asalto  
 Y con qué gente seria,  
 Por Juan de Vega, el prudente,  
 Que él á cargo lo tenia.  
 Puso en la guarda del campo  
 Parte de la infanteria,  
 Y mas los aventureros,  
 Que en bandera los metia.  
 Mandó que diesen asalto  
 Por tres partes á porfia,  
 Los soldados españoles,  
 Deseosos de aquel día ;  
 Por la bateria vieja  
 Algunos d'ellos envia ;  
 Otros fuéron por la nueva,  
 Otros por la mar venian.  
 Dada señal de cuarte,  
 Que en todo el campo se oia,  
 Arremeten con gran furia  
 Y no creida alegría.  
 Cada uno por su parte  
 Y cuartel que le cabia,  
 Procuran de entrar adentro ;  
 Los turcos lo defendian.  
 Don Fernando de Toledo  
 En la muralla subia  
 Por la bateria nueva,  
 Mostrando su valentia  
 Primero que otro ninguno ;  
 Su bandera le seguia.  
 El otro por un tablon  
 Que encima del foso habia  
 Hácia la parte de dentro,  
 Y de allí abajo caia,  
 Arrojàndose en la tierra,  
 Su ánimo le valia ;  
 Peleando con los turcos  
 Cuatro heridas tenia,  
 Y las dos eran mortales,  
 Y él nunca desfallecia.  
 Siguióle solo su alférez  
 Y otro, que al foso caia :  
 Por el cabo que él entrara  
 Ningun otro entrar podia  
 Sino Don Tristan de Urrea,  
 Que á la hora entrado habia.  
 Por la bateria del mar  
 Entra otra infanteria,  
 El agua hasta los pechos,  
 Y otros harto mas arriba,  
 De suerte que dieron dentro  
 De golpe, aunque resistian  
 Los turcos, que en escuadron  
 Abajo los atendian.  
 Sucedió desdicha grande  
 A nuestra arcabuceria,  
 Que á la entrada por la mar  
 La pólvora se perdia ;  
 Mojóseles toda aquella  
 Que dentro en los sacos iba ;  
 Cuando quisieron tirar  
 La pólvora no prendia :  
 D'esta suerte la pelea  
 Mas sangrienta se encendia ;  
 A golpe de espadas fieras  
 Y de picas se reñia :  
 Esto fué gran ocasion  
 De la matanza que habia.  
 Los turcos, como esforzados  
 Pelean sin cobardia :  
 Aprórchanse de todo

Cuanto en el mundo podian,  
 Hasta que hechos pedazos,  
 Allí en el suelo caian.  
 Los moros, que sus mujeres  
 Y sus hijos les dolian,  
 Y por defender sus casas  
 Y su libertad y vida,  
 Pelean muy sin temor,  
 Ningun partido pedian.  
 Pelearon en la plaza  
 Y en torno de la mezquita,  
 Y no pudiendo ya mas,  
 A las calles se acogian.  
 Una á una las ganaban  
 Los nuestros á gran porfia :  
 Palmó á palmo hasta el cabo  
 Los moros las defendian.  
 Allí dentro en una calle  
 Cuasi en medio de la villa,  
 Zumarraga, capitán,  
 Delante de todos iba,  
 Señalándose entre muchos  
 Que bien detras le seguian.  
 Salen á él cuatro turcos  
 Con denuedo y osadia ;  
 El pelea con los cuatro,  
 De todos se defendia,  
 Resistiendo á su furor,  
 Y ninguno le acudia,  
 Hasta que de una ventana  
 Un arcabuz le heria  
 Por medio de la cabeza ;  
 No dijo esta boca es mia.  
 Tambien entró en los primeros  
 La noble caballeria  
 De la órden de Sant Juan,  
 Todos de una compania,  
 Matando turcos y moros  
 Cuantos delante tenian.  
 D'ellos murieron algunos,  
 Harto número serian ;  
 Fuéron heridos cuarenta,  
 Todos de malas heridas.  
 Luego algunos caballeros  
 De Nápoles y Sicilia,  
 Y tambien de las galeras  
 Que de Toscana venian,  
 Entraron por el portillo,  
 Ninguno d'ellos moria,  
 Ni tampoco fué herido,  
 Cosa de gran maravilla !  
 De los españoles muchos  
 Heridos, despues morian.  
 Así como estaban todos,  
 Seguia el que mas podia,  
 Dando prisa en la matanza,  
 Con gran ansia que tenian  
 De ver muertos sus amigos  
 Y otros que alli les herian.  
 El Alcaide de la tierra  
 En suelo muerto yacia ;  
 El sobrino de Dorgut,  
 Que bien peleado habia,  
 No pudiendo ya sufrir  
 El impetu que venia,  
 Con algunos de los turcos :  
 Luego sobre ellos venia  
 Juan de Vega, el visorey,  
 Y á él todos se rendian.  
 Tomólos por sus esclavos  
 Otorgándoles la vida,  
 Y en teniéndolos por suyos  
 Una gran obra hacia  
 Digna de tal capitán,  
 Digna de su gran valia.  
 Al sobrino de Dorgut  
 En presente se le envia  
 A ese capitán Cigala,  
 Que con él rescataria

A su hijo, que Dorgut  
 Captivo se le tenia.  
 Los otros ochenta turcos  
 Todos se los repartia  
 A los soldados heridos  
 Y á los que quedado habian  
 Allí en la guarda del campo,  
 Porque nada no tenian.  
 Esta liberalidad  
 Merece muy grande estima,  
 Y que todos los soldados  
 Amen al que tal hacia.  
 Acabado el pelear,  
 El saco va por su via.  
 Tomaron muchas riquezas,  
 Joyas de muy gran valia  
 De moras que habia muy ricas ;  
 Nada se les encubria :  
 No dejan cosa ninguna  
 Que en cobro no la ponian.  
 Pensando que en la mezquita  
 Algunos moros habia,  
 Que la cercasen de presto  
 Ordenaba Don Garcia.  
 Pegan á las puertas fuego,  
 Dentro ningun hombre habia ;  
 Todos niños y mujeres,  
 Que vellos lástima hacia,  
 Viendo arder todas las puertas,  
 El grito al cielo ponian :  
 Ellos llaman á sus padres,  
 Pero poco les valia :  
 Ellas llaman sus maridos,  
 Que ya vida no tenian :  
 Otras llaman á Mahoma,  
 En cuya casa se vian :  
 Con sus llantos y alarido  
 Todos de fuera salian,  
 Por fuerza que no de grado,  
 Que allí mas morir querian.  
 Fuéron llevados captivos  
 Cada uno por su via,  
 Apartados de sus madres,  
 Que mas nunca las verian,  
 Alejados de su tierra,  
 Donde criado se habian.  
 Duró el saco aquella tarde,  
 Hasta ser ya ido el día.  
 Juan de Vega con cuidado  
 Muchas cosas proveia :  
 Manda curar los heridos  
 Que quedaban aun con vida,  
 Manda sepultar los muertos  
 Con la honra que merecian.  
 Para ello consagraron  
 A la hora la mezquita,  
 Y do reinaba el demonio,  
 Cristo bandera ponia.  
 Allí se invoca su nombre,  
 Su Evangelio se predica.  
 Manda tambien reparar  
 A gran prisa lo que habian  
 Derribado los cañones  
 Y la otra artilleria :  
 Manda poner muchas guardas  
 Por la muralla y la villa ;  
 Hizo justicia muy breve  
 De los agravios que habian  
 Héchose algunos á otros,  
 Y en igualdad los ponia.  
 Murieron ciento cincuenta  
 Cristianos en la conquista,  
 Sin los que fuéron heridos  
 De flechas y artilleria.  
 Fuéron muertos ochocientos  
 De los turcos y morisma.  
 Murió el fuerte Don Fernando  
 Desde allí á muy pocos dias,  
 Y tambien Fernando Lobo,